

ECOS DE UN LUGAR

ECOS DE UN LUGAR

Fiep van Bodegom
Verónica Gerber Bicecci
Zara Khadeeja Majoka
Nashilongweshipwe Mushaandja
Ligia Nobre
Emilia Pardo Bazán
Amanda Parmer
Paola Santoscoy
Salomé Voegelin

Editado por Andrea Ancira y Jorge Munguía

Este proyecto fue posible gracias al apoyo de:

Museo Experimental el Eco, UNAM

Fundación BBVA

Graham Foundation

ÍNDICE

8 Puntos de partida
Andrea Ancira / Jorge Munguía

17 Tenemos un problema
Paola Santoscoy

31 Carta desde un suelo común
Ligia Nobre

45 La gramática de las ruinas
Fiep van Bodegom

77 Lo que las sombras pueden
Zara Khadeeja Majoka

103 La cabeza de Teo a recomponer
Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán

119 Construir un lugar efímero a partir
del volumen indivisible de palabras
Salomé Voegelin

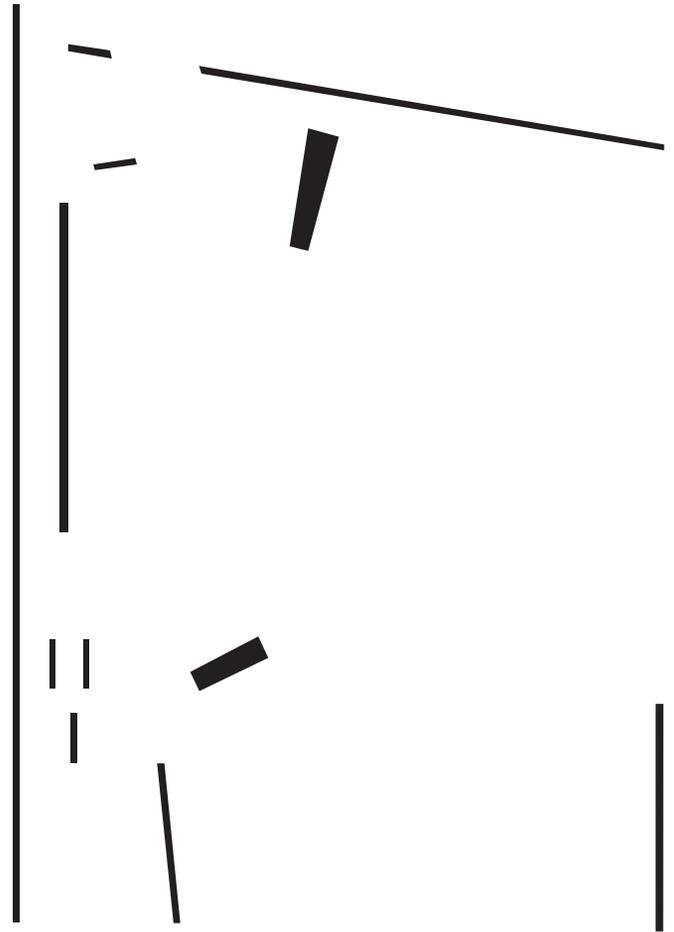
137 Respons–habilidades de la visión
Amanda Parmer

151 Cajas negras y cubos blancos
como campos de concentración:
sobre la violencia institucional y
el trauma intergeneracional
Nashilongweshipwe Mushaandja

168 Semblanzas

LA CABEZA DE TEO A RECOMPONER

Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán



Érase una criatura llamada Teo a quien le daba malísimos ratos su cabeza, hasta el extremo de hacerle la vida imposible. Tan pronto jaquecas nerviosas, en que no parecía sino que iba a estallar la caja del cráneo, como aturdimientos, mareos y zumbidos, cual si las olas del océano se le hubiesen metido entre los parietales. Ya experimentaba la aguda sensación de un clavo que le barrenaba los sesos –y el clavo no era sino idea fija, terca y profunda–, ya notaba el rodar, ir y venir de bolitas de plomo que chocaban entre sí, haciendo retemblar la bóveda craneana y las bolitas de plomo se reducían a dudas, cavilaciones y agitados pensamientos. Otras veces, en aquella maldita cabeza sucedían cosas más desagradables aún. Se poblaba toda ella de imágenes vivas y rientes o melancólicas y terribles, y era cual si brotase en la masa cerebral un jardín de pintorreadas flores, o como la serie de cuadros de un calidoscopio. Recuerdos de lo pasado y horizontes de lo venidero, ritornelos de felicidades que hacían llorar y esperanzas de bienes que hacían sufrir, perspectivas y lontananzas azules y diamantinas, o envueltas en brumas tenebrosas, se aparecían al dueño de la cabeza destornillada, quemándole la sangre y sometiéndole a una serie de emociones y sobresaltos que no le dejaban vivir, porque le traían fatigado y caviloso entre las reminiscencias del ayer y las probabilidades inciertas del mañana.

No se conformaba con esto la pícara cabeza, pues también había dado en la manía de consagrarse a la investigación de la verdad y de los orígenes de las cosas, y andaba vuelta tarumba con el problema del conocimiento, el sujeto y el objeto, la apariencia

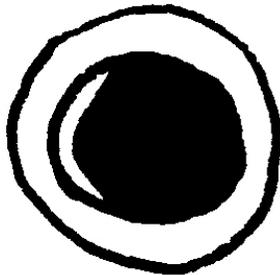
y la substancia, el fenómeno y el noúmeno y otras cuestiones baldías, que recalentaban al rojo blanco aquel pobre meollo, emperrado en dar vueltas, lo mismo que una devanadera, alrededor de enigmas que hasta la presente no se sabe que hayan encontrado solución satisfactoria. ¿Qué se entiende por libertad humana? ¿Qué es la conciencia? ¿Qué significa la palabra querer? ¿Qué es la cosa en sí? ¿Qué papel desempeña ante la percepción exterior la voluntad? ¿En qué consiste un hecho primordial metafísico? Al profundizar tan arduos qué, la cabeza latía queriendo romperse, los sesos echaban humo a modo de cabecera donde hierve el agua, y la sustancia gris, o lo que fuese, soltaba lumbres fosfóricas. El dueño de la cabeza enloquecía.

Nadie me negará que en casos semejantes urge ponerse en cura. Así lo decidió nuestro héroe, y se propuso consultar a todos los médicos de fama, hasta que alguno acertase a devolverle la tranquilidad y la salud.

El primer doctor a quien vio, levantando delicadamente el casquete del meollo, comprobó que todo el cerebro se encontraba en un estado de sobreexcitación y actividad febril, y que en eso consistía el padecimiento. La cabeza vivía con exceso, funcionaba de sobra, y el doctor, aplicando medicamentos emolientes, logró que sobreviniese por algunos días un estado de somnolencia y modorra que hizo al paciente muchísimo bien. No obstante, pareciéndole que el método de aquel doctor era sólo un paliativo, quiso recurrir a otros más radicales, que atacasen la enfermedad de frente.

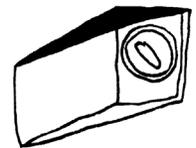
Se dirigió, pues, a un célebre operador, que, registrando los sesos al microscopio, declaró que había encontrado medio seguro de combatir el mal, y en un santiamén practicó la ablación de la potencia imaginativa o fantasía. No más ensueños, no más poéticas figuraciones que unas veces se envolvían en grises tules de tristeza y otras revestían los radiantes colores del arcoíris; no más palacios de jaspe y oro, no más monstruos y endriagos, no más pájaros azules, no más mariposas, no más nostalgias, no más quimeras... Y al apagarse los fuegos artificiales de la imaginación, el enfermo se quedó al pronto sosegado y lleno de bienestar, como el que huyendo de la luz y del ruido se recoge a un aposento retirado, oscuro y silencioso. Pero Teo no tardó en notar que la cabeza continuaba descompuesta, por lo cual se dirigió a casa de otro doctor elogiado en todas las revistas científicas.

Lo mismo que su antecesor, practicó un registro en la sesera, manejó la lente, miró y remiró... Se detuvo de pronto en algún entresijo porque había ahí algo inesperadamente extraño. Lo dibujó en una hoja de su libro blanco, con la pluma fuente que tenía a la mano, y se veía más o menos así:



Hizo el doctor algunos ruidos extraños al encontrarse este agujero misterioso y registró nuevamente cada milímetro del coco porque quería haberse equivocado, pero no. Ese singular socavón seguía ahí, le pareció de pronto que se trataba de una especie de conducto, uno de esos que no aparecían en los manuales básicos ni en los especializados, uno de esos pasillos de los que solo habían hablado algunos, esos que se hacían llamar místicos y que no tenían nada de científicos. Ante estos acontecimientos, el doctor necesitaba tiempo para pensar y analizar los hallazgos de este primer examen. La cabeza debía volver la siguiente semana.

Se dedicó el doctor la semana entera a inventar un micro-aparato de lentillas micrométricas con un larguísimo canuto que pudiera introducirse en el comienzo de aquel oscuro y minúsculo túnel, para así iluminar y amplificar la imagen de su interior. Cuando la testaruda cabeza volvió a su consultorio confirmó que se trataba, en efecto, de una tubería desconocida en las entrañas de la materia gris. Durante la exploración se hicieron visibles dos concavidades inusuales, incrustadas en las paredes del conducto y compuestas del mismo material que el resto. El tejido vivo presentaba distintas densidades y tenía la capacidad de configurarse a la perfección en figuras geométricas, que a ojos del afamado doctor parecían válvulas:



Finalmente, el doctor introdujo un espejo diminuto para reflejar una luz muy blanca adentro de aquella gruta cerebral. Fue así que cayó en cuenta de que el conducto era larguísimo, más de lo imaginable. Había encontrado un nuevo paisaje, nunca antes visto en ninguna otra cabeza, y aunque no estaba seguro de que ahí estuviera el problema que la aquejaba, tenía que llegar al final de este enigmático pasadizo, o al menos, mirar más allá de su orilla. Tal vez lo que había encontrado era algún tipo de tecnología hidráulica, pero necesitaba tiempo para pensar qué podía significar todo esto y, por lo pronto, no dijo nada para no atribular más a la cabeza, solo pidió un par de días más.

Inventó el doctor todo tipo de elementos brillantes y vías para filtrarse a lo largo del conducto, puso de nuevo a la sesera en el microscopio, introdujo una micro-lentilla y la empujó con sus diversas cánulas. Esta vez aparecieron, apenas yendo un poco adentro, tres herméticas grafías:



2 • 3673 - T2

31 - 07 - 12

Pero esto no era todo, aquella gruta neuroplástica, ahora iluminada por los mínimos prismas que el doctor pulió con sus propias manos, se sostenía de una serie de anillos perfectamente sellados, uno tras otro, y cada aro, a su vez, parecía provisto de cinco partes de tejido. Era en estos elementos constructivos que las válvulas se acomodaban, repetidas y equidistantes, así como los tres grafismos. Todo esto le pareció al doctor completamente incomprensible, y qué decir de Teo y la cabeza: ya no entendían nada de nada. Qué habría ahí dentro llamando la atención de este doctor, sin lugar a dudas el más curioso, solícito y diligente, se preguntaban después de cada consulta.

Se pasó el doctor varios días más cavilando y, tal como lo había hecho la cabeza atribulada de su paciente, comenzó a hacerse todo tipo de preguntas: ¿Qué se entiende por túnel, gruta o conducto? ¿Qué es un paso subterráneo en la cabeza o en la conciencia? ¿Qué significa la palabra ruina? ¿Qué es la cosa que aparece? ¿Qué papel desempeña ante la percepción exterior un imperativo categórico? ¿En qué consiste un fenómeno de la experiencia? Pero no logró responder ninguna y terminó yéndose a la cama con ese tipo de jaqueca que causa náusea y pérdida del equilibrio. Le parecía a este doctor resuelto, eso sí, que los grafismos tenían que ser descodificados para mirar de frente su razón de ser, y encontrar alguna terapia certera. Se decidió entonces a analizarlos a la mañana siguiente, y estas fueron algunas de sus notas:

V D I

¿El mapa general de un subsistema cerebral que de modo inexplicable fue construido en la cabeza acongojada? La tipografía es distinta a todas las demás, aparece en blanco con fondo azul.

2 · 3673 - T2

¿Un número en serie? Tal vez introduje el micro-aparato en un conducto en particular pero podría haber más. Donde se lee "2", habría que colegir que hay también un "1", y ¿un "3"? Ahora, al tener todos los aros un "3673", ¿habría otros aros configurando los conductos "3672", "3671"? Probablemente la numeración comienza en el "1000" y llega al menos hasta el "3673", ¿o más? Por último, el "T2" también podría aludir a otra serie. ¿"T" viene de "Terminal"? ¿"Tendido"? ¿"Túnel"? Sería factible pensar que así como había un "T2", habría también un "T1" y un "T3" siendo que en el mapa general hay claramente dibujadas tres figuras.

31 - 07 - 12

Después de mucho darle vueltas, concluyo que se trata de una fecha: 31 de julio de 2012 o ¿31 de julio de 1912? ¿Había en aquel entonces la posibilidad de inventar una tecnología como esta? ¿Qué podría haber pasado en ese día? ¿Qué cosa marcaba en particular ese momento del calendario? Y, ¿por qué está escrita en cada uno de los aros y tejidos que conforman el túnel incógnito?

Antes de llamar a la cabeza, y con ayuda de su asistente, el doctor revisó su propia sesera en busca de algún subterráneo parecido, pero no había nada. No quedaba otro camino que volver al surco, abrir alguna de sus muchas válvulas o llegar al fondo, descubrir si acaso se conectaba con otros túneles, y corroborar en ellos los grafismos y números. Todo estaba ya planeado cuando el doctor entró en pánico, la cabeza llegaría en cualquier momento, ¿y luego qué?, se preguntó a sí mismo, en voz alta, ¿a dónde lo llevaría todo esto? Su única teoría hasta el momento, guardada para sí durante la investigación en curso, era la siguiente: pensaba el doctor que una civilización anterior, de algún remoto pasado, había construido dentro de la cabeza este enrevesado lugar. Se trataba de un sistema hidráulico hipercomplejo creado con el objeto de infiltrarse en la cabeza, aunque no podía imaginar o corroborar con claridad para qué: ¿para conquistar otras cabezas? ¿para atormentar a la razón? ¿para hacer un juego siniestro en la memoria? Cuando pensaba así sabía que debía encontrar más pruebas, pero también podía ser, pensaba otras veces, que todo ese sistema hipercomplejo que se aparecía ahí estaba ya en ruina, y que él solo visitaba, como un turista, las ruinas de aquella civilización desconocida que floreció y pereció en la sesera de Teo. Podría ser también que la efeméride, repetida a lo largo de todo el túnel, era solo una marca, un pasado que no podía corroborar ni desmentir, un recuerdo olvidado que decidió salir a la luz, causándole tormento y malestar a la cabeza. Ninguna de estas deducciones tenían sentido cuando el doctor las volvía a pensar objetivamente.

Todo parecía igual que la última vez en el encefálico túnel, pero antes de llegar a los 150 micrometros de profundidad, en cada uno de los 42,000 anillos contados, empezaron a brillar algunos textos que el doctor no había visto antes, tal vez por falta de luz, tal vez porque no estaban ahí antes. No se repetían exactamente iguales, variaban letras o palabras en cada anillo, el primero le pareció muy lógico, y al menos aclaraba parte del entuerto porque podría ser, precisamente, el nombre del conducto que había estado investigando, decía:

TÚNEL EMISOR ORIENTE

Parpadeó un par de veces y, mientras leía las cosas se tornaron extrañas, un tanto impensables, los anillos decían:

TÚ EL EMISOR RIENTE

MI TESORO MIENTE

TÚ EL ORO RIENTE

UN ISORO MIENTE

MI SORORIENTE

No entendía nada de aquella poesía, ni estaba del todo seguro de que estuviera ahí realmente lo que veía, dudó el pobre doctor de sí mismo, de sus lentes y canutos, de sus ojos y saberes, así que sacó el micro-aparato, limpió todo concienzudamente, se lavó la cara y respiró profundo. Cuando volvió a entrar en el canal, apareció otra frase, repetida al infinito en cada aro del túnel, esta vez se quedó paralizado, o al menos así lo dice su libro blanco, la frase decía:

TU EMISOR MIENTE

¿Qué significa todo esto?, se preguntó en silencio, ¿a quién creerle ahora? ¿a la cabeza o al túnel en la cabeza? ¿a la cabeza o a Teo? ¿quién era Teo a fin de cuentas? ¿este túnel era parte de Teo? ¿sabría Teo de este pasadizo? Recorrió una vez más la tubería buscando los textos, volvieron a aparecer pero eran todos distintos, ninguno se repetía.

No quiso pensar más el doctor, y se decidió a olvidarlo todo. Tenemos otras ruinas, muchas más, qué importa, concluyó para sus adentros, ¿qué podría aportarnos algo tan pero tan remoto y elemental? Se convenció de abandonar la investigación y, para ello, cerró con zurcido invisible la entrada del túnel emisor oriente. Fue solo entonces cuando dijo, para salir del paso, que su colega (el doctor al que la cabeza había consultado antes que a él) la había errado de medio a medio, y que no eran la dorada fantasía ni la plástica

y creadora imaginación lo que debía suprimirse para evitar tales daños, pues allí sólo estorbaba la razón ergotista y puntiaguda, atirantando todas las fibras de la masa encefálica y causando torsiones, dolores crueles. Después de haber zurcido la entrada al conducto, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sacando de su estuche instrumentos sutiles como pelos, practicó la extirpación de la razón y de la facultad discursiva, y el enfermo se encontró en la gloria, libre del ímprobo trabajo de raciocinar. Esa fue su solución y nunca más habló de lo que había visto en aquella cabeza.

Lo malo fue que pasado algún tiempo remanecieron las molestias. Otra vez la cabeza en ebullición, y el dueño, desesperado. Ya solo le quedaba por visitar el gabinete de un médico, quizás el más ilustre de los cuatro, que a la habilidad del cirujano reunía la inteligencia del pensador; y a él acudió llorando el de la cabeza desbaratada, pidiendo que de una vez le arreglasen aquella mala saboneta que no regía.

El doctor practicó su inevitable reconocimiento, y tuvo su meneo de cabeza, y fruncimiento de cejas, y desdeñosa sonrisilla, inevitables también. Había oído el cuento de aquella supuesta civilización en la cabeza de Teo, pues el libro blanco se convirtió rápidamente en un secreto a voces, y aunque todo ese cotilleo no tenía constatación alguna y sonaba a patraña, la amenaza de enloquecer como el afamado doctor anterior, fue algo que definitivamente prefirió no obviar.

Desenvainando los no menos infalibles chirimbolos de bruñido acero, exclamó que de poco servía haber eliminado la imaginación y la razón, en verdad funestísimas, si dejaban persistir sus huellas y la reminiscencia de sus funciones en la maldita memoria, causa de todas nuestras penas y berrinches. Y añadiendo que ahora sí que el enfermo de la cabeza iba a quedar descansado, le rebañó diestra y rápidamente la memoria: lo único que le estorbaba, y lo único que acabaría, en caso de haber existido, con cualquier huella de aquel subsistema hidroencefálico.

Desde entonces, la cabeza fue una delicia. Ni volvió a doler, ni a calentarse, ni a perturbarse, ni a decir aquí me tienes: como que estaba hueca, vacía, limpia del todo. Al ex enfermo le pusieron de mote el idiota; pero él, tendido al sol, respirando el aire puro, durmiendo a ratos, dirigiendo, vegetando, era feliz.

Este texto es un experimento de ampliación del cuento “La cabeza a componer” (1894) de Emilia Pardo Bazán, uno de los primeros cuentos (si no es que el primero) de ciencia ficción firmado por una mujer en castellano. El texto fue tomado de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, capturado a su vez de su publicación original en El Imparcial, 26 de marzo de 1894. Los elementos dibujados provienen del registro fotográfico de La paradoja hídrica, pieza que Taller Capital instaló en el Museo Experimental el Eco en 2015. Esta intervención consistió en la instalación de un aro (o dovela) del Túnel Emisor Oriente, también conocido como TEO, para que fuera utilizado como anfiteatro en el museo. Fue importante también, durante la investigación, consultar el libro blanco Construcción del Túnel Emisor Oriente de la CONAGUA, donde se declara que “con el objeto de ampliar la capacidad de desalojo de las aguas pluviales y residuales, que permitiera afrontar precipitaciones extraordinarias y subsanar la deficiencia del drenaje profundo de la Ciudad de México a fin de mitigar la problemática de inundaciones en el Valle de México, y ante el riesgo de colapso del Túnel Emisor Central, la Comisión Nacional del Agua, consideró necesario construir el Túnel Emisor Oriente (TEO), con una longitud aproximada de 62.1 kilómetros, 7 metros de diámetro y una capacidad de desalojo de hasta 150 metros cúbicos de aguas residuales por segundo”.

Ecos de un lugar

Fiep van Bodegom, Verónica Gerber Bicecci,
Zara Khadeeja Majoka, Nashilongweshipwe
Mushaandja, Ligia Nobre, Emilia Pardo Bazán,
Amanda Parmer, Paola Santoscoy y Salomé Voegelin

Editores: Andrea Ancira | Jorge Munguía
Coordinación Editorial: Andrea Ancira
Diseño Editorial: Isabel Sierra
Traducción Inglés-Español: Alejandro Arras

Buró—Buró
Primera edición, 2020
© Buró Buró Oficina de proyectos culturales S.C.
y autores de su texto

ISBN: 978-607-98419-7-3

Buró—Buró
Jalapa 27, Roma Norte
Ciudad de México, 06700

Impreso en la Ciudad de México

